

# 5 CUENTOS

DE SEBASTIAN OCAMPOS

StatioEditorial

Julio de 2011

## 5 CUENTOS DE SEBASTIAN OCAMPOS

Compilación de cinco cuentos del joven escritor Sebastian Ocampos. Tres fueron premiados en unos concursos literarios y los cinco fueron publicados en medios nacionales e internacionales.

La distribución es totalmente gratuita y la reproducción puede realizarse siempre que sea sin fines de lucro, nombrando la fuente original y sin modificar nada de las obras literarias.

Se agradecerá mucho la comunicación de la publicación de uno o varios cuentos al correo electrónico: [sebastian@statio.com.py](mailto:sebastian@statio.com.py)

## El colombiano

---

Recuerdo nítidamente aquella tarde, pero aún no sé cómo lo hizo.

Estaba en el microcentro comercial de Asunción, dedicando un momento de mi invalorado tiempo a los ciudadanos que caminaban rápido, abriéndose paso entre los demás a empujones, tropezando, quejándose y reanudando sus carreras impetuosas hacia quién sabe dónde... Luego de observar ese espectáculo de urbanidad desenfrenada, decidí compartir un instante agradable con mis pacientes amigos —pues siempre están esperándome— y entré en la primera librería que encontré. Pregunté por uno y desafortunadamente no lo tenían; entonces saludé sin prisa y con estima a los viejos conocidos.

Al salir, un ser hediondo se interpuso en mi camino y no me dejó continuar. Le tendí la mano para saludarlo, como si fuera un conocido, sin saber por qué lo hacía... La estrechó fuerte por varios segundos incómodos, y, cuando trataba de zafarme, dijo:

—Yo soy colombiano; conozco veinte países; sé hablar en cinco idiomas.

—¿Eh?

—Yo soy colombiano; conozco veinte países; sé hablar en cinco idiomas.

—¿Cuál es tu nombre?

—Eh...

—¿Tu nombre?

—José... José de la Concordia García. Soy colombiano; conozco veinte países y sé hablar en cinco idiomas. ¿Y el tuyo?

—Sebastian.

—¿Sebastián?

—No. Sebastian, como Johann Sebastian Bach. A mi madre le encanta... ¿Qué tal, José?

—No muy bien —levantó su mano derecha para mostrar un vaso de plástico semitransparente—. No bebo caña porque quiero... ¿Qué tal me ves? Tú me ves mal, ¿cierto?

—Y... aparentas bastante mal.

## 5 CUENTOS DE SEBASTIAN OCAMPOS

—¿Y qué más puedo aparentar? Pero pregunta lo que quieras, mi apariencia no importa. Yo soy colombiano; conozco veinte países y hablo en cinco idiomas. Yo te puedo enseñar mucho. Haz una pregunta difícil, la más difícil de todas.

—¿Extrañas Colombia?

—Sí... La extraño. La extraño mucho. Allá me están esperando con... —pasó el vaso a la mano izquierda y levantó la derecha para realizar un gesto como si apretara varias veces un gatillo—. Pero pregunta lo que quieras; conozco veinte países y sé hablar en cinco idiomas. ¡Pregunta algo, hombre!

—Ya debo ir a casa. Chao José.

—Tú te vas porque temes que te robe en cualquier momento y yo no lo pienso hacer...

—Sí. Tienes razón...

—Pregunta algo, hombre.

—No lo quiero hacer.

—¡Si no quieres, eres un bruto! Sí, eres un bruto y seguirás siéndolo, pues nada preguntas. Yo te puedo enseñar mucho, hasta lo que ni siquiera te imaginas.

—¿Y qué importa si tú me consideras un bruto?

—Entonces dame un mil...

—No lo tengo.

—¡Espera! Pregunta algo, por favor. Yo te puedo enseñar mucho.

—¿Qué eres?

—¿Eh...?

—¡Dale, responde! ¿Qué eres?

—¿Qué soy?

—¡Sí! ¿Qué eres?

—No lo sé.

—Y si ni siquiera te conoces, ¿qué carajo puedes enseñar?

Levantó con cuidado las lentes oscuras que cubrían sus ojos y vi un órgano sin vida y otro enrojecido. Al instante se acercó —el hedor era insoportable—, colocó su mano derecha en mi hombro izquierdo y, como si fuera un profesor, pronunció:

—Estudia muchacho. Estudia mucho.

—Chao José.

## 5 CUENTOS DE SEBASTIAN OCAMPOS

—Chau Sebastian. Gracias.

Al terminar de despedirme, caminé rápido, sin mirar a nadie, abriéndome paso a empujones, tropezando, quejándome y reanudando mi carrera hasta la parada de ómnibus. Al llegar, revisé el bolsillo derecho de la parte trasera del pantalón que tenía puesto y... Pensé en volver a toda prisa, pero me sentí tan imbécil que una solitaria palabra pude gritar a los cuatros vientos en voz baja: ¡Mierda!

**Nota:** *El colombiano* fue publicado en la sección *Cuenteros* del periódico *aQuí América Latina* de Roma, Italia, en su edición impresa N° 32 del 2 junio de 2010.

## Los loros de la esquina

---

Jamás pensé que, hace casi una década, robaríamos al loro viejo de la casa de la esquina, donde habitaban la pareja de ancianos gordos y su hijo joven, también con demasiados kilos encima, de treinta años. Ninguno de ellos saludaba a nadie. Y conste que los tres se sentaban desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche en el patio del frente de la casa, no sé por qué, pues a nadie saludaban, como ya dije, aunque tal vez sí sé: la mirada de cada uno de los ancianos más la del hijo causaban una especie de ni siquiera pisen mi vereda a los que siempre caminábamos por ahí. Sí, cuando estábamos a punto de llegar a la esquina sentíamos las miradas en todo el cuerpo y no teníamos otra opción que cruzar a la vereda del frente, donde sí nos dejaban caminar tranquilos.

Ahora todo ha cambiado, aunque no tanto. La pareja de ancianos y su hijo aún viven. Los ancianos están más viejos y el hijo acumuló el doble de los años que pasaron a la misma velocidad con que yo crecía. Sí cambió el negocio que estaba frente a la casa de la familia pesada —así llaman los vecinos a ya saben quienes—: de ser un pequeño bar donde se vendían empanadas, gaseosas y cervezas, a ser una pequeña heladería, donde también se venden empanadas, gaseosas y cervezas, pero se la da más publicidad a los helados. Para explicar esto basta decir que vivimos en Asunción. Los otros cambios empezaron a construirse desde hace varios años: son las mansiones —las fortalezas, según Demóstenes, un amigo tartamudo de la infancia— con murallas de cuatro a cinco metros de altura. No sé por qué tan altas, bueno, quizá sí sé: los dueños no se sienten seguros y, además, no quieren que nosotros, los del barrio, sepamos de qué hora a qué hora se sientan en el patio del frente de la casa, aunque mejor para nosotros, porque si se parecen a la familia pesada...

Aquella tarde que robamos o raptamos al loro viejo yo tenía casi siete años. En verdad jamás pensé que lo haríamos. Estábamos sentados en la escalera Granizado (por sus muchos lunares oscuros en toda su blanca piel), Demóstenes (así lo llamaba su papá) y yo, Pomber (por lo negro y bajito), frente a la casa de Granizado, sin

saber qué hacer, como en muchísimas tardes en las cuales se sentía demasiado el calor y los adultos nos prohibían ir a la placita a jugar al fútbol, pues la televisión decía cada quince minutos que debía respetarse el horario si uno no quería que el sol le hiciera daño. Nosotros defendíamos la postura de que sol no nos dañaba cuando jugábamos, pero al final siempre nos obligaban a respetar el inflexible horario. Eran las dos de la tarde y a partir de las cuatro nos darían permiso. Faltaban dos horas y esperábamos con ansias poder jugar y divertirnos, o sea, ser niños. Fue entonces cuando Granizado dijo que debíamos liberar al loro viejo de la esquina. Al terminar de escucharlo me quedé pensando. Luego Demóstenes le preguntó con mucho esfuerzo qué quería decir con eso de liberar al loro viejo. Miré a Granizado, aguardando su respuesta. Contestó: «Vamos a robar al loro de la esquina. Bueno, no robarlo, sino sacarlo de la jaula para que se vaya de ahí...» Demóstenes y yo, entusiasmados como nunca, secundamos la idea.

Sin pensar en una estrategia fuimos hasta la vereda de la casa de la esquina. Nadie estaba sentado en el patio del frente. Era la hora de dormir la siesta. El loro viejo nos vio y ningún sonido de alerta emitió, como solía hacerlo en ocasiones. ¿Sabía que pensábamos liberarlo? Granizado nos organizó: él entraría con Demóstenes a abrir la puertita de la jaula y sacar al loro viejo, mientras yo me encargaba de la vigilancia. Entraron. Yo me fijaba en ellos en vez de vigilar. Demóstenes ayudó a Granizado a elevarse un poco para alcanzar la jaula. Segundos después Granizado me echó una mirada, expresando que no podía abrir la puertita y traería la jaula completa. Demóstenes se asustó y empezó a tartamudear que no hiciéramos eso, pero Granizado ya había saltado la baja muralla con la jaula en la mano derecha y el loro viejo dentro y yo empecé a correr. Los tres huimos despavoridos temiendo ser descubiertos. Llegamos a la casa de Granizado y nos sentamos en la escalera del frente. Observamos al animal y la jaula. Ésta no podía abrirse porque tenía incontables alambres rodeándola. Decidimos quitarlos y recién entonces Demóstenes se dio cuenta de que el loro viejo no tenía alas, o sí, pero cortadas. Y nuestra idea de liberarlo cayó al piso al quedarse sin las plumas necesarias para mantenerse

en el aire. Miramos al pobre loro viejo —lo llamábamos viejo porque vivía con los viejos, no porque fuera viejo— y no pudimos hacer otra cosa que sentir lástima.

Pasaban los minutos y seguíamos quitando los alambres cuando el hijo gordo se presentó como una aparición. Se encontraba en la vereda viéndonos fijamente y nosotros dentro de la casa, tratando de reponernos del tremendo susto y esconder nuestros rostros culpables. Nos dividía el portón de varillas de hierro que por suerte estaba cerrado. Granizado y Demóstenes cubrían la jaula con sus cuerpos. El hijo preguntó si por si acaso teníamos su loro. Los tres negamos a coro y movimos varias veces la cabeza de un lado a otro. Insistió. Volvimos a negar. Luego dijo que entraría a la fuerza a recuperar su mascota. En ese preciso instante nos acobardamos. Granizado se levantó, me miró, después a Demóstenes y los tres llegamos al acuerdo visual de devolver al pobre loro viejo. Nunca averiguamos cómo el hijo gordo supo que nosotros teníamos a su loro.

Ya ha pasado casi una década de aquel fracaso. Desde hace mucho tiempo perdí la comunicación con Demóstenes y Granizado. Los dos se mudaron del barrio un par de años atrás y no volvimos a vernos ni hablarnos, salvo en rarísimas ocasiones en las que nos encontramos por casualidad en algún lugar. Lo malo al dejar de conversar es perder la amistad que se pensaba eterna. En las veces que nos vimos nos saludamos como si nunca hubiésemos sido los grandes e inseparables amigos que fuimos. Éramos un trípode en aquella época: si a uno le iba mal en algo los demás también sufrían. No recuerdo cuándo conversamos por última vez aún siendo amigos. Ahora se podría decir que somos conocidos, aunque nos presentamos como amigos a los nuevos amigos y lo hacemos con nuestros nombres, es decir, Granizado es Jacobo, Demóstenes es Juan y yo, Pomber, soy Lucas.

Hace algunos meses estuve insoportablemente nostálgico. Quería volver a realizar algo de todo lo que hacía cuando niño. Y no se me ocurrió otra cosa que liberar a los loros de la familia pesada. ¿Ya escribí que el loro viejo murió y compraron dos loros nuevos? Mi misión era liberarlos de la pequeña prisión y sus grandes

propietarios crueles. Sabía que lograría mi objetivo. Lo planifiqué todo teniendo muy en cuenta el anterior fracaso.

Lo hice de madrugada, cuando estaban completamente dormidos. Me fijé en todos los detalles y las casas vecinas para estar seguro de que nadie me viera llevando a cabo mi misión. Subí la misma baja muralla y los loros, tal como el loro viejo, ningún sonido de alerta emitieron. Levanté los brazos intentando bajar la jaula y me di cuenta de que la habían amarrado con cables a la madera. Entonces empecé a quitar los alambres que rodeaban la jaula. Luego de varios minutos de trabajo intenso logré abrir la puertita y saqué a los loros de a uno y los coloqué en un bolsón negro grande. Salí del lugar como si nada y fui caminando a casa.

Al estar en el patio del fondo de casa vi lo que presentía: no podían volar. No me preocupé. Sabía que no podrían. Esperamos pacientemente, los loros y yo, que crecieran sus alas. Mientras tanto, ellos vivían libres en el fondo de casa, aunque su libertad se limitó a veinte por diez metros cuadrados. Todos los días los alimentaba con muchas frutas para que se sintieran bien. Al parecer así se sentían, pues nunca se quejaron. Me pasaba las tardes observándolos: ambos plumíferos eran hermosos ejemplares y formaban una pareja. Casi siempre estaban uno al lado del otro, cabeza contra cabeza. Los veía inseparables.

No sé cuánto tiempo después de la liberación dieron las primeras muestras de vuelo, de muy poca altura y distancia, pero ya lo habían logrado. Me pareció que daban aletazos como si nunca lo hubieran hecho. Pensé que estaban empezando de cero y nada podía ni debía hacer para ayudarlos. Aprendieron solos y lo hicieron bien, como todos los animales cuando no nos entremetemos nosotros en sus vidas. Los seguía de cerca para saber si avanzaban, y a distancia para no molestarlos.

Cuando por fin vi los vuelos perfectos de ambos sentí una felicidad tan inmensa que quería compartirla con el mundo entero y sobre todo con Granizado y Demóstenes. ¿Se sentirían felices si supieran que realicé lo no posible casi una década atrás entre los tres? Ojalá que sí. ¡Seguro que sí!

## 5 CUENTOS DE SEBASTIAN OCAMPOS

La primera vez que volaron y no regresaron en el día fue hace dos meses y algo. Pensé que no volverían, pero vinieron de nuevo. Recuerdo haberme acercado a ellos diciéndoles que los había extrañado mucho y los quería y me alegraba verlos volar y ser libres. Me escucharon, sí, me escucharon, y sentí que ellos también me echaron de menos. Por eso volvieron.

La segunda vez que volaron y no regresaron en el día, no volvieron más. Los extrañaba como nunca. Todos los días iba al patio del fondo de casa a la misma hora que regresaron la vez primera y miraba el cielo y no estaban. Ya no estaban. Quería verlos, aunque siempre supe que debían irse y disfrutar de sus vuelos en otros lugares más lindos y exóticos, acorde con ellos.

Uno de los peores días de mi vida lo sufrí anteayer. Iba en dirección a la casa de la familia pesada cuando se me ocurrió caminar sobre su vereda y aguantarme las miradas de los tres individuos más despreciados del barrio, y entonces, sin saber por qué, decidí mirar a mi derecha, buscando la jaula y los loros... Jamás lo hubiera imaginado. Ahí estaban, de nuevo dentro de la pequeña prisión y con las alas cortadas. No entendía cómo los capturaron. Me acerqué a los ancianos, los miré fijamente a sus ojos y dije «Hola» e hice una pausa. No me saludaron. Luego pregunté con mucho esfuerzo, como Demóstenes, si los loros eran nuevos, si los habían comprado. Respondieron que no: son los de siempre. ¿Y cómo hicieron para recuperarlos? Los mismos loros regresaron volando hace tres o cuatro días, de tarde, ya cerca de la noche, cuando nosotros estábamos sentados aquí, sí, aquí mismo.

**Nota:** *Los loros de la esquina* recibió la primera mención en el Concurso «Juan S. Netto de literatura 2007», organizado por Escritoras Paraguayas Asociadas y Editorial Arandurâ. Luego fue publicado en la sección *Y el verbo se hizo cuento* de la revista *Acción Cooperativa* de Asunción, Paraguay, en su edición impresa N° 151 de enero de 2008.

## Dueño del tiempo

---

Lo encontré por vez primera una de las tantas noches que regresaba a casa luego de jugar fútbol con los amigos en el parque del barrio. Iba a paso lento con el cabello alborotado, todo sudado, mirando el asfalto, pensando en la derrota del partido, y de repente lo vi debajo de mi pie derecho, que estaba a un segundo de pisarlo. Con esfuerzo logré evitar el accidente. Al instante me agaché y lo tomé con cuidado. Desde entonces el reloj formó parte de mi muñeca izquierda y también de mi vida, pues sustituyó cosas que utilizaba a menudo, como el despertador y la agenda de números telefónicos, direcciones y fechas de cumpleaños.

A partir del día del hallazgo fortuito los amigos me preguntaron de dónde lo había comprado y cuando les respondía que lo encontré por casualidad en el camino de regreso a casa todos decían lo mismo: «¿Qué hacés para tener tanta buena suerte?» Yo reía y mostraba orgulloso el reloj. Lo único que hice es lo de siempre: caminar mirando el piso. Nada más. Quizá a ustedes les parecerá exagerado, pero a veces pienso que él eligió estar conmigo. Esto lo menciono porque la vez del encuentro muchísimas personas pasaron a centímetros de él y no lo vieron.

Entre los amigos estaba el infaltable petulante del grupo: Carlos, que se jactaba de cuanto poseía. Al enterarse de mi dicha consiguió, a través de ruegos constantes, que sus padres le regalaran un reloj caro y feo. Desde ese preciso instante no perdió una milésima de segundo para mostrar con soberbia su nuevo obsequio como si fuera la octava maravilla del mundo moderno, y compararlo sin descanso con el mío. Al percibir que no me molestaban sus palabras, me desafió a una prueba de fuego o, mejor dicho, de agua, que se llevó a cabo una tarde de verano en el patio del frente de su casa. En ambos relojes decía *water resistant*. Yo le había advertido que minutos después de encontrarlo en la calle ya formaba parte de mi muñeca izquierda y me bañaba e incluso me metía en la piscina con él puesto. Carlos repetía lo mismo y apostaba hasta lo que no tenía queriendo intimidarme. La prueba consistió en colocar los relojes debajo del grifo abierto. No pude resistir la risotada de burla

al ver el ahogamiento del suyo con las primeras gotas caídas; y él no logró enfrentarse de una manera digna a la derrota y, con el orgullo herido de muerte, entró apresurado en la casa prometiendo pagar la apuesta otro día. Confié mucho tiempo en su palabra. Es muy vergonzoso confesarlo, pero...

Los premios que sí recibí por la victoria en la prueba de agua fueron las risas estruendosas de los amigos al escuchar una y otra vez la historia contada por mí mismo. Ni un solo detalle escatimé al relatar lo sucedido de lo unánimemente llamado «La tarde del ahogamiento del reloj de Carlos».

Así, con ese tipo de cosas, se acrecentaba mi prestigio entre los amigos que empezaron a llamarme «el dueño del tiempo», sobre todo cuando jugábamos fútbol y básquet, pues el reloj contaba con temporizador y cronómetro. Cada vez que estábamos perdiendo — casi siempre— mis compañeros de equipo me forzaban a manipularlo para que tuviéramos un par de minutos más, esperanzados con empatar el partido e ir a la suerte de los penales o los libres.

La tarde que jugué cinco partidos continuados de básquet con él puesto se rompió la pulsera, y el reloj de muñeca pasó a ser uno de bolsillo. Así lo utilicé hasta la mañana en la cual me sentí incompleto. Me miré y toqué detenidamente buscando el porqué de esa sensación. Cuando acabé de revisar los bolsillos vacíos empecé a buscarlo desesperado en mi pieza, en las de los demás, el patio del frente y el fondo, el pasillo... Pregunté a todos si por casualidad lo habían visto. La respuesta negativa me dolía tanto que no lograba fingir lo contrario y la familia se condolió y se unió a mi inútil búsqueda. Como nadie lo hallaba me recomendaron que recordara lo realizado la noche anterior. Intenté hacer memoria pero demasiados detalles se veían borrosos —había bebido a escondidas con los amigos—. Al final, mi madre me reprochó, con la razón de su lado, «mi insensatez y la pérdida de tiempo en busca de algo que seguramente lo perdí por borracho e irresponsable», y terminé castigado sin poder salir de casa.

Los días calurosos e interminables pasaban uno tras otro indiferentes a mi esperanza de encontrar el reloj. No sé por qué no

dejaba de presentir que lo hallaría en algún lugar jamás imaginado. Esto me forzaba a ver cada detalle en derredor. Es así como me trasformé de dueño del tiempo en investigador visual, y mi prestigio entre los amigos se convirtió en «historia pasada», o sea, nada.

Los que lamentaron casi como yo el infortunio fueron mis compañeros de equipo de fútbol y básquet, pero cuando pasaron varias semanas de la desaparición y me veían en las mismas comenzaron a decirme que el reloj no valía tanto la pena. Es hora de dejarlo atrás, donde ya está. Luego de pensarlo a solas opté por olvidarlo y continuar la vida sin su añorado peso en mi brazo izquierdo.

Meses después de haberme resignado a la pérdida lo vi reluciente en la muñeca del desgraciado Carlos, a quien encontré frente a su casa, esperando algo o a alguien. Me acerqué y lo saludé tranquilo, observándolo con detenimiento y desprecio un largo rato hasta que no soporté más la situación y le dije: «Ese reloj es mío.» Se sorprendió e instintivamente escondió la mano. Es mío. Estoy seguro. ¡No! Éste es otro. Mi papá me lo regaló. ¿No ves que es nuevo? Mirá la pulsera... Continuó explicando y mostrando detalles del reloj como si fuera un vendedor en ciernes procurando convencer a su primer cliente. Me impacienté al minuto y le grité: «¡Es mío! Quitátelo.» Se negó y antes de que intentara escabullirse lo tomé fuerte del brazo. Permitime ver la agenda de los números de teléfono. Sabía que aún no había borrado toda la información por su escaso conocimiento del reloj. Se mantuvo en silencio rehuendo mi mirada inquisitiva. No tenía más remedio que disculparse y devolver lo robado. Así lo hizo y la tensión empezó a disiparse de a poco. Fue entonces cuando estuve a punto de proponerle que olvidáramos todo eso y el muy infeliz se me adelantó y —aunque nadie lo crea— me exigió lo invertido en la pulsera nueva. Al escucharlo sonreí deseando mandarlo al carajo y molerlo a golpes, pero no sé cómo reprimí la ira e hice otra cosa: «Tenés razón, Carlos, en serio parece nuevo. No te preocupes por lo que gastaste. Algún día te lo pagaré...» Sonreí y me alejé sin voltear, contento por ser otra vez el dueño del tiempo.

## 5 CUENTOS DE SEBASTIAN OCAMPOS

**Nota:** *Dueño del tiempo* recibió el tercer premio en el Concurso de Cuentos Cortos 2007, organizado por el Centro Cultural de la República CABILDO. Luego fue publicado en la sección *Y el verbo se hizo cuento* de la revista *Acción Cooperativa* de Asunción, Paraguay, en su edición impresa N° 156 de junio de 2008.

### La verdad sobre Mbusú

---

Mbusú murió. Es hora de aceptarlo. No cambiaremos la realidad por el simple hecho de no hablar del tema o repetir a cada rato una mentira estúpida. Él merece la verdad sobre su fin, que a su vez provocó la muerte de una parte de quienes, como yo, desde el momento de la noticia, no logramos cubrirlo con las simples anécdotas que cada día tienen un color distinto, volviendo casi irreal al amigo que nos llenaba más de amarguras que de risas, pues tenía la mala costumbre de lanzar sus verdades de tonalidades dolientes sin darnos tiempo ni espacio para esquivarlas.

Es necesario reconocer bien al inicio que él mismo es el principal culpable de lo sucedido. Sólo en parte es cierto eso de que «todos somos responsables por acción o inacción», como dicen a escondidas unos pocos. Y lo inventado por sus padres es una ofensa a la historia. De nuevo modificaron a su antojo los detalles y mostraron a la sociedad que ellos, sus pobres progenitores, no merecían nada de eso, pues habían hecho todo para que él tuviera una vida privilegiada y exitosa. ¡Farsantes! Ni siquiera son capaces de entender su seudónimo. No se le llamaba Mbusú sólo porque era flaco hasta los huesos. Quiso que lo nombráramos así porque de una u otra forma siempre lograba zafarse de ustedes, sus opresores, y, además, sabía que les molestaba muchísimo el idioma de donde proviene la palabra.

¿Por qué, entre sus mejores amigos, yo, Búho, puedo darme el lujo de relatar lo ocurrido? Porque compartí con él sus últimos quince años de niño pedante, adolescente enloquecido y joven superdotado, borracho contumaz y grosero descomunal. Nadie más podría decir la verdad a su manera: sin dar tiempo ni espacio a los que con seguridad querrán hacer a un lado el cuerpo.

La farra del día anterior al fin inesperado fue organizada por él. Llamó a cada uno y dijo que nos encontraríamos en la casa de Caballo, quien una vez más no sabía nada del asunto. Nosotros simplemente llegamos y nos movimos en su sala y cocina como si fueran nuestras. Encontramos una botella de caña y decidimos en el acto mezclarla con soda, para abaratar la borrachera previsible. El

elíxir no aguantó los sorbos inacabables de los más ebrios y nos vimos en la terrible realidad de ir a la estación de servicios a comprar más alcohol barato, como lo hacíamos cada cuarenta y ocho o setenta y dos horas.

Éramos reconocidos en el barrio por un desenfrenado alcoholismo público sin remordimientos. La diferencia entre otros grupos de amigos y nosotros era simple: sólo dañábamos a nuestros hígados. Mbusú decía en su tono siempre irónico: «Lo de las neuronas nunca debe interesarnos. En la puta vida las vamos a usar completamente... Y, por si fuera poco, se reproducen cada tanto.» Tenía razón, como en muchísimas cosas más relacionadas con todo.

Con el fin de apoyarnos unos a otros, caminábamos los cuatro prácticamente con los hombros pegados, ocupando toda la vereda. Teníamos una regla básica para los casos de emborrachamiento prematuro: los más sobrios iban a los extremos, para salvaguardar a los que se habían pasado de tragos, ubicados por decisión unánime en los carriles centrales.

El pensamiento fatalista está impregnado en nuestras costumbres. A veces quiero negarlo, pero la realidad no duda un segundo en abofetearme cuando se me cruza por la cabeza. Júzguenlo ustedes. Mbusú, que generalmente iba en medio, esa noche caminaba en el extremo de la muralla, donde yo solía estar. No recuerdo con exactitud si en verdad él estaba menos ebrio que yo, aunque sólo por esa razón podríamos haber cambiado de posición estratégica para llegar completos a la estación de servicios, que estaba a doscientos largos metros de distancia de la casa de Caballo.

Cuando cruzamos la primera cuadra, nos burlamos con ganas de la muralla inclinada. Mbusú, por caminar en ese carril, y quizá por no haber bebido lo suficiente, vio la madera corta y angosta que cumplía la importante función de detener la inminente caída del montón de ladrillos encimados unos sobre otros. Por supuesto que a él —ahora lo deduzco— le llamó la atención esa ridiculez, pues no solía ir en ese carril y jamás estuvo tan sobrio... No exagero. Al verla, gritó: «¿Qué carajo hace esta madera acá?» Y, acto seguido,

le dio una patada como nunca la había dado en los partidos de fútbol. La tranca voló. La muralla crujió como un trueno. Los del medio corrimos despavoridos hacia el frente. Caballo, que estaba en el extremo de la calle, saltó al asfalto. Y Mbusú no tuvo tiempo de nada.

Tras el derrumbe insólito, Caballo gritó, porque parte de la muralla había caído sobre su pie, doblándole un poco el tobillo. Estaba blanco de cal y de susto, como nosotros, los del medio, que por milagro reaccionamos a tiempo. Qué contradicción: los más ebrios reaccionamos más rápido. Esto va dirigido a quienes nunca bebieron y afirman que el alcohol disminuye los reflejos. La gente de la estación de servicios nos silbó de mala gana y nadie se acercó a ayudarnos. Buscamos a Mbusú, desesperados al principio por no ver rastros de él, pero contentos al oírlo decir sin vestigios de dolor: «¡Qué madera de mierda!»

Nos acercamos y le preguntamos si estaba bien. Dijo casi sin abrir la boca: «Estoy un poco atascado.» Caballo y Burro lo tomaron del brazo blanqueado y lo estiraron haciendo caso omiso de su dolor. Al final explicó que algo pesado estaba sobre su pierna derecha. Me acerqué a ayudar, quitando escombros y tirándolos a la calle. En eso, Burro murmuró que la policía venía. No sé por qué lo hizo. Desde niño fue un idiota irredimible. Nos asustamos como siempre que oíamos la sirena policial y sólo pensamos en fugarnos adonde fuera. Los tres estiramos a Mbusú con fuerza, desoyendo su ruego de tener cuidado, y, al son de sus gritos de dolor intenso, salió con el cuerpo herido desde el estómago hasta el muslo de la pierna derecha. Sangraba incluso lo que no tenía. Caballo, Burro y yo nos sorprendimos muchísimo y Mbusú se asombró aún más, pues sólo al verse supo cuán herido estaba. Quedamos en silencio, sin saber qué hacer. En cambio, él, segundos después, se quitó una de sus remeras —entonces entendí por qué siempre usaba una encima de otra—, la colocó en la herida del estómago y encabezó cojeando la ida a la estación de servicios.

Llegamos. Nos miramos a los ojos, como esperando que alguien decidiera por los demás. Desde el día siguiente al final nos preguntaron un millón de veces y nos preguntamos un billón de

veces por qué carajo nadie propuso ir al hospital cuanto antes. Ninguno podría responder. Echen la culpa a quien quieran. En el momento en que nos mirábamos, Mbusú dijo que tenía veinte mil guaraníes; Burro, diez mil; Caballo, nueve mil; y yo, trece mil. Repetimos el ritual. ¿Es vergonzoso confesarlo? No. La verdad produce algo mucho más grave que la vergüenza. Ya sabíamos lo que compraríamos. Sólo un detalle cambió esa noche: Mbusú decidió esperar ahí porque no quería alarmar a la gente con su apariencia de zombi. Sí, él mismo lo dijo. Si no quieren creerlo, no lo hagan. Es sabido que no se quiere creer la verdad, menos cuando se trata de un joven muerto en circunstancias absurdas.

No estoy en contra de todas las cosas dichas póstumamente sobre él. Por supuesto que Mbusú era muy inteligente, sensible, buen amigo... pero también era un imbécil como cualquier ser irracional del planeta. Y esa vez lo fue tanto como nosotros. Compramos dos litros de la caña más barata y la gaseosa más cara. Salimos y no lo encontramos. Durante un rato nos asustamos mucho. Recorrimos el lugar, cada uno en una dirección distinta, hasta que lo vi escondido en el sector de los baños. Le hice una seña para que se acercara, mostrándole las bebidas. Se aproximó con la sonrisa puesta al reconocerlas.

Regresamos alegres, casi eufóricos, a la casa de Caballo. Sobreparamos los escombros de la primera cuadra sin detenernos. Sólo pensábamos en llegar cuanto antes y compartir lo que aún quedaba de la noche blanca de luna y neón.

Bebimos durante toda la madrugada. Revivimos la caída de la muralla inclinada incontables veces sólo para reírnos de nuestras reacciones y el susto tremendo que nos llevamos. Dijimos muchas estupideces, quizá más de lo acostumbrado. En ningún momento le preguntamos cómo se sentía. No mostraba signos de dolor. Bebía, hablaba, reía y se burlaba de la misma manera de siempre. Luego de un par de horas olvidamos la herida, tal vez porque Caballo le había prestado una campera grande de cuero negro.

Al amanecer nos vimos en la obligación de regresar a nuestras casas. El que más debía caminar era Mbusú. Y lo hizo solo, sin pedir ayuda a nadie, como si fuera un día normal. Aquí viene la parte más

difícil de contar: la despedida fue la de todos los días, es decir, un saludo trivial que nunca significó un chau definitivo, pues pensábamos encontrarnos de nuevo en doce horas más o menos para continuar perdiendo el tiempo juntos. Dos llegamos rápido a nuestras casas, sanos, salvos y ebrios. Dedujimos que él llegó, tomó un baño y se limpió, a pesar de haber intentado no dejar indicios. También pensamos que se echó un frasco de alcohol rectificado en la herida, por la botella vacía encontrada a su lado. Imagino que al hacer eso sintió más dolor que cuando sufrió el accidente. Incluso se le han de haber escapado muchas lágrimas. Esto lo menciono porque él había dicho en cierta ocasión que le dolía más sanar sus heridas que padecerlas. Entendemos que se vio forzado a acostarse en una posición imposible. Y, aunque el mundo entero se obstine en olvidarlo o transformarlo, sabemos que cuando su vieja quiso despertarlo, escandalizada por las manchas de sangre en el piso y su alfombra preferida y su posición anormal en la cama, él se rebeló una vez más contra ella y la amarga realidad impuesta, y decidió de una buena vez por todas no volver a despertar.

**Nota:** *La verdad sobre Mbusú* recibió la primera mención en el Concurso de Cuentos Cortos 2008, organizado por el Centro Cultural de la República CABILDO. Luego fue publicado en el suplemento cultural *El baldío*, de Asunción, Paraguay, en su edición impresa N° 5 de enero de 2009. En febrero de 2010 fue publicado en E'a digital ([www.ea.com.py](http://www.ea.com.py)), volviéndose a publicar en el mismo medio en junio de 2011, acompañado de una ilustración de Charles Da Ponte.

### Asalto de madrugada

---

Ambos, al verse a lo lejos, sabían que se cruzarían en contados minutos si continuaban corriendo a toda prisa. Debían decidir rápido qué hacer: seguir o volver sobre sus pasos. Entonces, como si hubieran llegado a un acuerdo, disminuyeron la velocidad y caminaron agitados hasta encontrarse a escasos metros de distancia.

El varón, luego de observar con interés a la mujer, la saludó confiado en sí mismo e intentó acercarse, pero ella retrocedió en el acto. Los dos percibieron que huían de situaciones similares. Al instante, seducido por la belleza femenina —poco habitual a esas horas y en esos lugares—, quiso aproximársele de nuevo, pero al presentir el inminente rechazo resolvió invitarla a tomar la perpendicular calle empedrada y oscura e ir juntos hasta donde les permitieran las circunstancias inciertas. La mujer se mantuvo en silencio un rato. Después le mostró un cuchillo largo y fino, dándole a entender que ni siquiera pensara en sobrepasarse, y aceptó. No tenés que tener miedo de mí. Yo co soy bueno. Ningún hombre es bueno, mucho menos a esta hora. Con esas palabras las cosas quedaron claras... durante algunas cuabras, pues tanto él como ella querían algo del otro.

Caminaron en la misma dirección, pero a metros de distancia. ¿Cómo te llamás? La mujer no respondió: no se involucraría más de lo necesario con el extraño compañero de fuga. Y él no se daría por vencido. ¿Te puedo llamar Linda? A mí me dicen *Nakurutū*. Un viejo me puso ese marcante hace mucho. Ella no le prestaba atención; sólo miraba adelante, atrás, a los costados, sin detenerse más de tres segundos en un mismo punto. ¿De qué tenés tanto miedo? No le tengo miedo a nadie. Me sé defender sola. No tenés que ser tan dura... Yo no te voy a hacer nada malo. Ojalá pudiera estar algún día con alguien como vos de linda. En eso nomás piensan todos. Sos tan linda que no se puede pensar en otra cosa. ¿Querés tomar algo? Vamos a la bodeguita de la avenida. Yo te invito. ¿Sí? No seas mala, Linda. Hay gente en ese lugar. Podés esperarme cerca de ahí. Bueno.

Apresuraron el paso. Llegaron. Sólo él cruzó la avenida. Compró un vino barato y una gaseosa. Ella lo esperó en la esquina, observándolo desde la oscuridad. Cuando regresó con las bebidas, le propuso ir a un lugar tranquilo, donde no se preocuparan de nada. Caminaron uno al lado del otro y entraron rápido en un baldío. Al estar bastante alejados de la calle, ella le dijo con una voz casi sensual que se sentara en el suelo. Él la miró y pensó que ésa sería su gran noche. ¡Por fin una mujer hermosa! ¡Y sin pagarle un guaraní! Presentía su mejor encuentro en muchísimo tiempo. Sonreía orgulloso de sí mismo cuando, de repente, la vio amenazarlo con el cuchillo a la altura del estómago. ¡Dame todo lo que tenés! ¡Dale! ¡Dame tu billetera y el bolso! El varón dejó caer el vino y la gaseosa y retrocedió varios pasos mientras le decía que se tranquilizara. Yo co no tengo nada de valor. No voy a hacer esto. ¡Callate! ¿Qué mierda esperás para darme el bolso y tu billetera? Calmate un poquito, Linda. Ya te voy a dar... Con las dos manos tomó su bolso, lo levantó hasta su pecho y, con un movimiento ágil, aprovechando la penumbra, metió la mano derecha en él y sacó su revólver.

A la mujer no se le pasó por la cabeza que el varón tendría un arma de fuego. Ninguno lo había tenido antes. Quiso volverse hacia la calle pero su cuerpo no reaccionaba. Le tenía pavor a ese tipo de armas. Soltó su cuchillo y balbució con esfuerzo que por favor no la matara. Cualquier otra cosa hacé conmigo, menos eso... ¡Nde rakore, Linda! Así no se vale. En serio co yo no te iba a hacer nada malo. No entiendo por qué me hiciste esa porquería, si te traté masiado bien en el camino. La observó de arriba abajo y pensó en golpearla fuerte con la culata o dispararle cuanto antes, pero temía las consecuencias. No quiero meterme en otro problema grande. De sobra ya tengo. ¿Qué voy a hacer contigo? Decime, ¿qué carajo voy a hacer contigo? Se acercó unos pasos y colocó la punta del revólver entre las cejas de la mujer, que al sentir el metal frío palideció por completo. ¡Quitate todo lo que tenés encima! ¿Escuchaste? Con las manos temblorosas empezó a desvestirse, dejando caer al suelo, además de su ropa, un reloj de oro y dos billeteras gruesas. ¡Con razón corrías como yegua loca! No me voy a

a matar... ¡Callate! Y caminé hacia allá, le ordenó tajante, apuntando con el dedo índice el fondo del baldío. Ella, resignada a su suerte, obedeció.

Al verla alejarse y perderse de a poco en la negrura de la madrugada, el varón recogió el reloj, las billeteras, el cuchillo, los calzados y la ropa, los metió en su bolso y corrió a toda prisa hasta la calle, donde se detuvo de golpe, como si hubiera olvidado algo importante. Volteó y no la vio. Entonces, sin dejar de mirar hacia el fondo totalmente oscuro del baldío, sacó la remera y el pantalón y los dejó en la vereda.

**Nota:** *Asalto de madrugada* fue publicado en la sección *Y el verbo se hizo* cuento de la revista *Acción Cooperativa* de Asunción, Paraguay, en su edición impresa N° 159 de septiembre de 2008. Se lo volvió a publicar en la revista literaria digital *Letralia, tierra de letras* ([www.letrealia.com](http://www.letrealia.com)), de Cagua, Venezuela, en su edición N° 234 de julio de 2011.

### Sebastian Ocampos

---

Nace durante la siesta calurosa del 20 de enero de 1984, justo cuando Fellini festeja sus 64 años y Lynch sus 38 años. Cursa los exiguos estudios primarios en la Escuela San Pío X —papa al que los historiadores juzgan con unanimidad un verdadero desastre—, los secundarios en el Colegio Nacional de la Capital —alguna vez considerado el alma máter del Paraguay— y los terciarios en la Facultad de Administración de la fábrica de títulos, conocida vulgar e intelectualmente como Universidad Nacional de Asunción. Empieza a garabatear poemcidios antes de sus 15 veranos. En el año 2003 publica, en carácter de compilador, el libro *Revolución cooperativa en Paraguay* y funda con unos jóvenes el taller literario *Salón de Lectura*, dirigido por la escritora Maybell Lebron. Algunos de sus cuentos y un comentario sobre cine son premiados en varios concursos y publicados en medios nacionales e internacionales. Administra, edita y redacta la revista *Acción Cooperativa* desde enero de 2006 hasta enero de 2009. En septiembre de 2008 edita el libro *Propuestas programáticas de soluciones a problemas nacionales* del Instituto de Estudios *Tesis Nacional*, dirigido por el Dr. Ricardo Franco Lanceta. En los años 2009, 2010 y 2011 colabora con periódicos, revistas y blogs tanto en la redacción de artículos y entrevistas como en la edición y la corrección de textos. A finales de 2008 funda con personas amigas la empresa cultural Statio. Desde de la gerencia administrativa y la dirección editorial de la misma se dedica, entre otras labores, a escribir los relatos publicados en el blog *Intimidades de Statio* y a dirigir y coordinar el *Taller de redacción* y el *Taller literario Semiomnisciente*.

### Contacto

---

Celular: [595 991] 716468  
Correo electrónico: [sebastian@statio.com.py](mailto:sebastian@statio.com.py)  
Blog: [www.intimidadesdestatio.com](http://www.intimidadesdestatio.com)  
Twitter: [www.twitter.com/SebasOcampos](http://www.twitter.com/SebasOcampos)  
Facebook: [www.facebook.com/sebas.ocampos](http://www.facebook.com/sebas.ocampos)